

anteado Ricci. Desgraciadamente la Italia estaba todavía destinada á nuevas revoluciones y á nuevas borrascas que debian sumergir otra vez la nave de la religion y cubrir de luto á la Iglesia.

Por lo que toca á la Francia, duraba todavía en ella la tormenta revolucionaria, reparándose muy lentamente las proscripciones del Directorio, el cual habia acumulado á los sacerdotes en la isla de Ré, y puesto en el ejercicio de la religion toda clase de obstáculos. El nuevo gobierno no mandaba en verdad nuevos rigores; mas los sacerdotes no iban volviendo de su destierro sino de uno en uno. Decretóse tambien la libertad de cultos, y esta promesa, tan frecuentemente desmentida, era siempre ilusoria, y cada vez que se veian adoptar medidas algo suaves, ya se estremecia y alarmaba un numeroso partido, empapado en los desórdenes de las facciones. Parecia que estaba temiendo la pérdida de la causa pública si cesaba de armarse de severidad, y creia dar muestras de mucha moderacion consintiendo dejar vivir tranquilos á los ministros del altar, pero sin dejar por eso de contenerlos con una firmeza inflexible. Esta casta de gentes se habian hecho demasiado culpables á los ojos de la religion para mirarla con vista indiferente, ni podian perdonarle el mal que le habian acarreado, ni pronunciaban el nombre de los sacerdotes sin asociar un gesto de desprecio. Fomentadas estas disposiciones por la autoridad dominante, por todos los periódicos que autorizaba, y

por todos los escritos que hacia esparcir, recibieron todavía mas apoyo con la publicacion de ciertas obras dignas de una época de audacia, de impiedad y de locura. Exentos de todo freno, los escritores irreligiosos declamaban sin embozo no solamente contra la creencia católica, sino contra todas las creencias religiosas en general. Estas obras eran las siguientes: *del Espíritu de las religiones*, por Bonneville, *El Antisacerdote* por le Brun de Grenoble: *de los sacerdotes y de los cultos* por Paradis de Raymondis. Las reuniones y los escritos de los teofilántropos habian dejado, hasta en el pueblo, sus gérmenes de incredulidad. Los que se creian los mas moderados se contentaban con predicar el deísmo, tal era por lo menos el objeto del *Catecismo* y de *las lecciones de historia* por Volney, y del *Catecismo de moral* de Saint Lambert. Pero entre estas composiciones descollaban, con especialidad, cuatro que ofrecian un caracter mas abierto de aberracion y de impudencia, y que en cierto modo vienen á ser un oprobio para la época en que nacieron. Estas composiciones son: *El Diccionario filosófico antiguo y moderno*, en la *Enciclopedia metódica*, el *Origen de los cultos*, el *Diccionario de los ateos* y la *Guerra de los Dioses antiguos y modernos*. La primera de estas obras, fruto de las vigiliias filosóficas de Naigeon, era un agregado monstruoso de licencia y de barbarie; daba el autor en ella el dictado de *estúpidos* á todos los creyentes, defendia con escusas desórdenes espanto-

sos y se atrevia á emitir y preconizar ese voto feroz. *Quisiera que se ahorcase al último rey con las tripas del último sacerdote*; discípulo de Diderot, amigo de Holback, heredero de su filosofía, Naigeon hallaba que este deseo era digno de un verdadero filósofo, y de esta suerte se constituia el apologista de todas las crueldades de la revolucion. El tratado de Dupuis sobre el *Origen de los Cultos* era impío y con esceso. Pretendia el autor hallar el origen del cristianismo en la astronomía, y asociaba á su divino fundador al número de las divinidades fabulosas é impuras de los paganos. Hiciéronse dos ediciones en compendio de su obra, á fin de propagar mejor su ponzoña y estraviar con mas facilidad á una juventud inexperimentada y crédula; y para mayor mengua y escándalo alabaron en el seno mismo del Instituto esta monstruosa compilacion ciertos literatos que sin duda se ruborizarian mas tarde de esta debilidad ignominiosa. El *Diccionario de los ateos*, de Silvano Marechal y Lalande, ha caido hoy dia en el mas profundo desprecio; con todo la bastarda doctrina que se predicaba en dicha obra se hallaba demasiado en armonía con el espíritu de una época y de un partido, en el cual se procuraba apagar la saludable creencia de un Dios vengador del vicio y remunerador de la virtud. Finalmente la última de estas obras es ese poema, producto de la licencia y de la impiedad, donde se complaciera Parny en poner en ridículo los augustos objetos de nuestra fe.

Todos estos autores, como los viejos de que nos habla Daniel, habian vuelto los ojos para no mirar el cielo. Sus escritos ligan fuertemente esa cadena de obras tenebrosas que desde mediados del siglo se sucedian sin tregua para pervertir las generaciones, y se debe reconocer que eran bien dignos de sus maestros los discípulos que les habian sabido remedar su espíritu, y que hasta habian sobrepujado su celo y sus esfuerzos para el buen éxito de la misma causa.

Háse dicho que el Directorio habia pagado ó alentado á muchos de estos escritores, y no seria nada estraño puesto que deseaba en el alma popularizar la irreligion y la mandaba predicar por medio de los periódicos, propagándola todavía de una manera mas espantosa para el porvenir mediante la educacion, en la cual ya no entraba la religion para nada. No recibiendo los alumnos de los establecimientos de instruccion pública mas que lecciones vagas de una moral, sin consistencia ni apoyo, iban creciendo en el olvido de todos los deberes, y prometian á la sociedad generaciones de paganos, indiferentes á todas las creencias y libres de todo freno. Con semejante enseñanza era muy natural que heredasen las locuras de sus padres; y puesto que tantas desgracias no habian corregido á estos, no se debia esperar mas de aquellos. Es muy cierto que algunos escritores levantaban un grito en favor de la religion; mas ¿podian sus lecciones persuadir á los que se habian vuelto

sordos á la voz de la esperiencia? Buscábase tambien una moral independiente de la religion; problema difícil que d'Alambert no habia podido á su tiempo resolver. Lisonjeóse con todo el Instituto de encontrarlo, y propuso un premio al que indicase los mejores medios de fundar la moral de un pueblo. Mas esta nueva tentativa no tuvo ningun efecto, y el Instituto no pudo conceder el premio á nadie, por quanto no habiéndose atrevido los concurrentes á asociar la moral á la religion, no pudieron ofrecer otra cosa que una doctrina sin consistencia ni apoyo; y hubiese sido necesario, en tanto que se aguardasen nuevos descubrimientos, que el pueblo se pasase sin moral, á no haber existido, á despecho del Instituto y de los delirios de la filosofía, una moral antigua y bien cimentada, cuyo origen y sancion provienen de una fuente celeste, y cuya saludable influencia se ejercia sobre los mismos ciegos que la desconocian. Tal era el estado de la Francia, en tanto que cierto acontecimiento del cual hablaremos luego iba á devolver á la religion alguna influencia y á llamar otra vez á su seno á muchos de los que la habian abandonado.

La Alemania podia considerarse, despues de la Francia, como el pais mas plagado del contagio de la incredulidad, y hasta tal vez hay motivos para dudar si no se hallaba en un estado mas fatal que la misma Francia. El *Neologismo*, ó *nueva explicacion*, levantaba la cabeza en todos los Estados protestantes, y la indiferencia en punto de religion

se habia vuelto un sistema casi general de los hombres que no hacian gala de la incredulidad. La mayor parte de los ministros protestantes despojaban la religion de sus misterios, la sagrada Escritura de su caracter de divinidad y de sus milagros; la fe de sus fundamentos, y la moral de su sancion. En la economía divina del cristianismo no echaban de ver otra cosa que una mitología, y en su historia alegorías, cuya esplicacion era libre y dependia del albedrio de cada cual. *Vese en la actualidad en la Alemania protestante, dice un escritor, al pastor, y al profesor que suben al púlpito para predicar el Evangelio al pueblo, formar ministros para lo venidero, verter en las obras la duda sobre las doctrinas recibidas en teología ó conmovier los principios y la verdad de los hechos sobre los cuales reposa la fe cristiana, sin que el público se queje de todo esto.* En quanto á los estudios, si no se hallaban completamente dados al olvido, se habian desviado de su objeto. La literatura pública se habia convertido en el arte de desvirtuar de una manera mas ó menos especiosa, la Escritura, despojándola de todos los caracteres que la hacen venerable. En Teología todo era arbitrario y problemático; cada uno inventaba un sistema de religion: y allí, lo mismo que en Inglaterra, el espíritu de las discusiones é investigaciones tendia siempre á borrar algun dogma, ó á desvirtuar alguna verdad. Los mas famosos teólogos protestantes Semler, Steinbart, Eberhard, Er-

nesti, Doederlein, habian minado los fundamentos de la religion con sus investigaciones atrevidas. Por otra parte Kant habia formado en Konigsberg otra escuela, cuya influencia no habia dejado de ser igualmente perniciosa. Su *religiosidad*, su *razon pura*, su *filosofia critica*, habian parecido golpes atinadamente descargados contra la revelacion; y su oscura metafisica, propagada en una multitud de escritos, adoptada en las universidades protestantes y diseminada por todas partes, vino á ser un objeto de debates entre dos ramas de adherentes, las cuales no tenian otros puntos de contacto que el olvido de los principios generales del cristianismo y el abandono de la enseńanza de sus antiguos reformadores.

Asociábase á estas dos escuelas ocupadas, cada uno á su modo, en conmovier las verdades religiosas, otra que marchaba al propio objeto con mas ardor todavía. Los iluminados, de los cuales hemos hecho mencion mas de una vez, no se habian declarado vencidos ni con la desdicha de Weisshaupt, y se propagaban todavía con mas ahinco. Por todas partes tenian inteligencias, formaban nuevas logías, y atraian á su partido á hombres de todas clases. Con preferencia se dirigian á los empleados, á los literatos, á los profesores, puesto que con motivo de su influencia les podian ser de una grande utilidad, y pocos efectivamente resistieron á la seduccion. Hallábase entre los últimos Zimmerman, el cual en 1792 dirigió una esposi-

cion á Leopoldo acerca de esta secta, declarándola como infinitamente peligrosa, tanto por su multiplicacion prodigiosa, como por sus miras hostiles. Sus revelaciones confirman las del abate Barruel.

En Viena el espíritu irreligioso habia hecho grandes progresos durante el reinado de José, y este príncipe, ocupado en hacer la guerra al Papa, no consideraba nada mas importante que seguir sus proyectos de reforma, y disminuir la influencia de la religion teniéndola en cautiverio. Háse dicho que antes de morir reconoció los funestos efectos del sistema que habia adoptado. Poco tiempo habia reinado Leopoldo para poder reparar las faltas de su hermano. Con todo, en virtud de las representaciones de los obispos de Italia, derogó muchos de los últimos reglamentos, restableció los seminarios diocesanos, volvió á los obispos la libertad de la enseńanza, y les dejó acudir á Roma por lo concerniente á las dispensas. Mas al propio tiempo, en su carta de oficio del 9 de abril de 1791, conservaba todavía muchas medidas tomadas anteriormente. Generalmente hablando el ministerio austriaco no parecia mirar la religion bajo un punto de vista bastante grave. Conveníase en que José habia ido mas allá de lo debido; pero no se queria retroceder por no ruborizarse, y se creia conveniente dejarlo todo bajo el mismo pie, y aprovecharse de sus invasiones. Hasta se dice que perseveró este sistema hasta el reinado de Francisco II. Aires tenia este príncipe de querer de-

volver alguna influencia á la religion; reunió algunos religiosos, permitió á los hospitales y otros establecimientos de utilidad general adquirir bienes, y dió decretos para corregir los vicios de la educacion, y reprimir la circulacion de las malas obras. Dícese que la mayor parte de estas ordenanzas permanecieron sin ejecucion, á causa de la poca voluntad de los ministros. La educacion, sobre todo, se hallaba en un estado deplorable. Habíase insinuado la filosofía en los colegios, y las universidades y las mismas escuelas eclesiásticas se resentian de este espíritu general. Por lo mismo la religion tenia tambien que deplorar su decadencia en un pais donde se habia visto por tanto tiempo floreciente y respetada.

Los establecimientos eclesiásticos se habian sostenido mucho tiempo en Baviera, bajo la proteccion del elector Carlos-Teodoro. Habia resistido al ejemplo de muchos de sus vecinos, habia fortificado los lugares religiosos, acogido á un nuncio del Papa, desterrado á Weishaupt, y destituido á muchos de sus partidarios. Mas su muerte, acaecida á 16 de febrero de 1799, acarreó grandes mudanzas, pues su sucesor siguió ó dejó seguir un sistema contrario bajo el cual se vieron protegidos los iluminados que volvieron. Declaróse una viva guerra contra los conventos, las romerías, las procesiones, las cofradías y las fiestas. Viéronse los arzobispos humillados y sojuzgados, mudada la instruccion, y confiados los empleos á hombres

animados de otro espíritu de partido. No se queria ver que era menos urgente pensar en la reforma de los conventos, donde no acaecia nada en secreto, que en la de las logías, las cuales no ofrecian igual motivo de tranquilidad; ni que las devociones populares, hasta en el caso en que se hubiese deslizado en ellas algun abuso, son mucho menos peligrosas que la irreligion hecha popular, ni que una nacion se vuelve raramente mas fiel, volviéndose menos religiosa, como lo atestiguan sobradamente las últimas revoluciones.

Otros príncipes mas sabios y mas provisosos parecian convencidos de esta verdad, y obraban consecuentemente á esta conviccion. En Sajonia, un elector verdaderamente religioso evitaba todo sacudimiento en sus Estados, hacia felices á sus súbditos con la suavidad de su gobierno, y protegía á los católicos sin engendrar sospechas de parte de los protestantes. Algunos soberanos, aunque no adictos á la Iglesia romana, sentian la necesidad de combatir la inclinacion á la incredulidad. El rey de Prusia profesaba en sus edictos el respeto á la religion, y manifestaba que no queria reinar en un pueblo descreido. La Suecia y la Dinamarca adoptaban á la par sus medidas para poner coto á los progresos de las doctrinas filosóficas, y en el primero de estos dos reinos se ocupaba un príncipe joven en la religion mucho mas de lo que podia esperarse de su edad. En Rusia, Catalina, por tan largo tiempo favorable á los filósofos y hasta

filósofa, había acabado por seguir una marcha retrógrada. Asustada de los progresos de la revolución francesa, había rechazado con severidad de su Imperio los principios populares. Su hijo Pablo I^o, durante un reinado bastante corto, había concurrido al restablecimiento del soberano Pontífice, y hasta había dado algunas esperanzas acerca de la reunión de las dos Iglesias.

La España y el Portugal se hallaban en el seno de la paz. Aunque bastante vecinos del foco de la revolución, estos dos Estados no habían experimentado todavía sus funestos resultados. El espíritu de sus pueblos era religioso; por lo cual pretendían los admiradores de las ideas liberales que estas dos naciones se hallaban atrasadas de un siglo; afortunado atraso que los ha preservado de nuestros furrores y de nuestras locuras. Mas estaba escrito que la ambición iría á su tiempo á perturbar también el reposo de que estaban disfrutando. Harto es sabido de qué manera supieron esos hombres á quienes se creía bastardeados y sin resorte, sostener su independencia, su religión, sus reyes y su honor.

La Suiza, libre por fin del yugo que le había impuesto el Directorio, rechazaba las leyes revolucionarias que le habían prescrito; llamaba á los religiosos, recibía á mucha honra á un nuncio de la santa Sede; proscribía todo lo que pudiese ofender la religión y la moral, y favorecía las instituciones y los establecimientos eclesiásticos.

Los Países-Bajos y la Holanda se hallaban bajo la

dominación de la Francia ó bajo su influencia. En el primero de estos países, sobre todo, se había hecho sentir con violencia la persecución del Directorio. Mas ya iban pareciendo algunos de los infinitos eclesiásticos que habían sido deportados por haber rehusado prestar un juramento de odio á la dignidad real. El cardenal de Frankemberg, el cual se había retirado en Emeric, al otro lado del Rhin, tenía comunicaciones algo mas libres con su diócesis. Las poblaciones contrariadas largo tiempo en sus disposiciones habituales se apresuraban á restablecer el ejercicio de la religión por todos los parages en que podían verificarlo, y hasta manifestaban, con grande escándalo de la filosofía, mucho mas celo en favor de las prácticas exteriores. En Holanda no parece que, generalmente hablando, se hallase el cristianismo en una situación muy satisfactoria. El socinianismo, segun se dice, había hecho en ella grandes progresos. La sociedad Teyleriana, fundada en Haarlem, por los años de 1778, acaso no era sino un medio idóneo para propagarla. Ya había publicado una rama de esta sociedad, ocupada en la teología natural, algunos volúmenes en 4^o acerca del objeto de sus investigaciones; mientras que una sociedad teológica, establecida en La Haya en 1776, daba á luz muchas obras buenas, y patentizaba su celo contra el sistema y tendencia de la de Haarlem. En medio de la variedad de las sectas, habían obtenido los católicos algunas ventajas. Habíanse asombrado al ver en 1792 al